

**** *Le Monde Artiste* (París). Comentario al concierto celebrado en la Salle Gaveau, el 6 de abril de 1911.**

Los **Rincones sevillanos** para piano de Joaquín Turina, están basados en elementos populares. Turina es uno de los compositores españoles que han seguido el magnífico camino que ha abierto Isaac Abéniz con su *Iberia*. **Rincones sevillanos** está integrado por un serie de cuatro piezas de las que, particularmente la tercera (*Danza de 'seises' en la Catedral*) es una joya. Comienza con acorde litúrgicos que, pronto, dan paso a una danza ligera y silenciosa cortada en varias ocasiones por el seco repiqueteo de las castañuelas. Su desarrollo es encantador terminando con los acordes religiosos que sirvieron para crear el decorado.

Fue calurosamente aplaudida por el público como, también, las otras tres piezas, siempre pintorescas e impregnadas de sabor español. ANÓNIMO.

**** *Le Monde Musical* (París). Comentario al concierto celebrado en la Salle Gaveau, el 6 de junio de 1911.**

Las *Piezas españolas*, de Manuel de Falla, y los **Rincones sevillanos**, de Joaquín Turina, son dos *suites* para piano con cuatro piezas cada una, que los respectivos autores interpretan magníficamente, aquello más brillante y más cálido, y esto otro más delicado y más reflexivo, los dos nos presentan cuadros fundamentalmente locales, y que han interesado al auditorio extraordinariamente. ANÓNIMO.

**** *La Liberté* (París). Comentario al concierto celebrado en la Salle Gaveau el 6 de abril de 1911.**

Don Joaquín Turina ha interpretado con sencillez y finura sus **Rincones sevillanos**: piezas cortas para piano de un color armonioso y sutil, de una espiritual y poética medida, divertidas, encantadoras, auténtica música. ANÓNIMO.

**** *L'Aero* (París). Comentario al concierto celebrado en el Lyceum el 2 de junio de 1911,**

Rincones sevillanos es una *suite* de pequeños cuadros realistas en los que la inventiva y la observación producen efectos imprevistos y encantadores. Una *Danza de 'seises' en la Catedral* es realmente curiosa. R. S.

**** *Le Guide du Concert* (París), 31 de octubre de 1911, p. 43. Comentario al concierto celebrado en el Salón de Otoño de París el 27 de noviembre de 1911.**

Los habituales a las sesiones de Parent han tenido ya la ocasión de apreciar el colorismo y pintoresquismo de la música de Turina. En estos cuadritos, aún más que en sus obras de forma definida, consigue transparentar el encanto tan especial y tan seductor de España, su patria.

I.- *Noche de verano en la azotea*. Describe la tranquilidad de una casa andaluza turbada, de vez en cuando, por los chiquillos quienes abajo, en la plaza, cantan bailan, canciones populares.

II.- *Ronda de niños*. Temas populares muy familiares entre los niños de Sevilla.

III.- *Baile de 'seises' en la Catedral*.- Los *seises* es un grupo de diez niños coristas que en determinadas fiestas, bailan delante del altar mayor acompañados por una orquesta, una especie de *minueto* lento, inspirado en cantos litúrgicos.

IV.- *¡A los toros!* La entrada de los toreros y sus cuadrillas en el ruedo bajo el griterío de los espectadores y el sonido del clarín anunciando la salida del toro. ANÓNIMO.

**** “Joaquín Turina, ‘Rincones sevillanos’”. *Revista Musical (Bilbao)*, diciembre de 1911, p. 314.**

La literatura pianística española se ha enriquecido con un nueva e importante producción de nuestro compatriota Turina. Estos **Rincones** son digno *pendant* de aquellas otras composiciones pintorescas y de tan sabroso carácter local que se llama *Paso de una cofradía por una callejuela [El Jueves Santo a medianoche]*, en *La Feria*, etc. Como ellas, son un afortunado maridaje entre el espíritu popular que brota de tan lejanos manantiales como son los del tiempo de la dominación árabe, y el refinado espíritu parisiense de nuestros días.

Nos falta el espacio para hablar, con el detenimiento que merecen, de estas preciosas composiciones. Son cuatro: *Noche de verano en la azotea*, *Ronda de niños*, *Danza de 'seises' en la Catedral* y *¡A los toros!* El primer número, el más característico, da la justa sensación de la languidez voluptuosa de las noches meridionales, cuando en las terrazas lejanas surgen las diversas canciones que son como el alma de la perla del Guadalquivir. Es una pieza deliciosa, variada, rica de color y sentimiento.

El número infantil que le sigue no es tan exclusivamente sevillano, puesto que los temas que lo forman son comunes a todas las regiones españolas. Hay en él ingeniosos acoplamientos de temas y curiosas armonizaciones.

El número de la Catedral es de gran poder evocador, con su introducción misteriosa en que se siente vibrar las gruesas campanas y nos llegan retazos de un lejano *Tantum Ergo*. Viene luego el baile de los *seises*, un bolero *rococó*, si estas palabras pueden ir juntas, que parece hechura de algún viejo organista. Es de notar el arte con que Turina ha elegantizado esta trasnochada inspiración, vistiéndola de contrapuntos graciosos. Por último, en *¡A los toros!*, se ve la preocupación del autor por dar la sensación de una animada ida a la plaza, empleando el ritmo del pasodoble, pero sin caer en la vulgaridad melódica de los llamados pasodobles flamencos. El empeño es duro y de él ha triunfado Turina aunque, tal vez por la fuerza de las circunstancias, esta pieza nos parece la menos bien *réussie* [la menos acertada].

De todos modos, el conjunto de la *suite* resulta notable y de su aparición deben regocijarse los pianistas y sus oyentes. ANÓNIMO.

**** Crítica del concierto celebrado en Cádiz el 13 de octubre de octubre de 1912.**

«*Baile de 'seises' en la Catedral [Danza de 'seises' en la Catedral]*» es una obra que revela profundos conocimientos de la técnica histórica musical; está unguada de religiosidad y grandeza y formada por fáciles giros y ritmos.

Rueda de niños [Ronda de niños] fue el número culminante del concierto. ¡Cuanta sencillez en la infantil melodía y cuanta grandeza y gallardía de expresión! ANÓNIMO.

**** Revista musical (Bilbao), nº 12, 1912, pp. 303-304.**

El 22 de noviembre tuvo Santa Cecilia (...), por la noche en el Ateneo, dio Joaquín Turina un concierto de obras españolas, la mayor parte suyas, salvo un par de trozos de Manuel de Falla y otros dos de Albéniz, pero, en suma, música toda ella de aquellos queridos compatriotas nuestros, que se situaron en París, movidos por su entusiasmo y deseos de adquirir allí un complemento de estudio para su técnica y sus ideales. En estos años de ausencia (ausencia relativa, pues Turina no pierde su contacto con Sevilla, su patria, a donde viene todos los veranos), se ha hecho un pianista consumado, formidable, capaz de vencer las mayores dificultades; ha adquirido también en ese tiempo el dominio completo de la técnica de la composición.; se ha capacitado para ser una gloria legítima de su Patria. Nos mostró en aquella sesión que os reseño trozos de la *suite pintoresca Sevilla* (*Bajo los naranjos, El Jueves Santo a media noche, La feria*). Así en estas como en las restantes obras cultiva Turina un género impresionista, pintando cuadros llenos de ambiente, de poesía, de color local, poniendo por fondo todo aquello, que además de evocar su país, puede hacer que las frases más determinadas –melodías concretas del *folk-lore* andaluz- resalten, nos encanten y embriaguen. Por plan lleva siempre la guía de una idea poética, la factura es exquisita siempre; la ley determina un buen gusto innegable. Turina es tan sevillano que no hay por qué decir si sus ritmos y sus melodías serán adecuados; siente de tal modo su región, que no tiene necesidad de dejar fluir su vena para hacer arte andaluz... Estas son las características de todos sus trozos. Así singularmente demostró sus cualidades en las tres danzas andaluzas (*Petenera, Tango y Zapateado*) que dio a continuación. Pero para demostración de habilidad técnica, nada como su *Rueda de niños [Ronda de niños]* en que multitud de cantos que nos son familiares y... hemos cantado en nuestra niñez, se entrelazan y juegan en alegre y gozosa expansión, resultando de ello un trozo tan sabio y tan ingenuo a un tiempo, que asombra y enternece. Otra faceta de su talento nos dio con una **Escena andaluza** para piano, viola principal y cuarteto de cuerda, para cuya ejecución obtuvo el concurso de Conrado del Campo y el cuarteto Francés; en ella nos sorprendieron, a más de las características ya apuntadas, las sonoridades deliciosas que supo obtener con esta combinación y la soltura y riqueza de manejo de todos los elementos. Miguel SALVADOR.

**** Notas al programa del concierto del 2 de diciembre de 1912, de la Sociedad Filarmónica de Madrid. Intérprete Ricardo Viñes.**

Entre sus obras de piano, una de las más conocidas es la que figura en este programa. Viñes y otros pianistas la han ejecutado varias veces en sus conciertos en París, Berlín, Viena y otras poblaciones.

Aunque afiliado su autor a la *Schola Cantorum*, sus preferencias y gustos más bien lo aproximan al arte de Debussy y Ravel que a la escuela de Vincent d'Indy. **Los rincones sevillanos** ofrecen una prueba de ello. Los temas populares andaluces aparecen envueltos en esas armonías características del modernismo francés. En la *Danza de 'seises' en la Catedral*, por ejemplo, el autor escoge una melodía del que fue su maestro, don Evaristo García Torres (melodía que sirve actualmente para la danza de *seises*), y, conservándola toda su línea arcaica, la armoniza libremente, según su gusto personal.

Noche de verano en la azotea.- Es una impresión de color. Al principio domina la nota tranquila y poética en la contemplación, en el goce de una de esas noches estivales de Andalucía, donde la serenidad de la del ambiente, cargado de perfumes de flores, invita al sueño. Los serenos acordes arpegiados dan una nota de romántico reposo. Con ellos empiezan a mezclarse cadencias andaluzas, punteados de guitarras que vienen de otras azoteas lejanas o de

los patios de las casas, hasta precisarse en un apunte de copla melancólica seguida de nuevos ecos de guitarras.

Con mayor animación se hace oír un rumor de fiesta que parece venir del patio, resuelto, a poco, en una copla de sevillanas.

Vuelve a imperar la nota tranquila y romántica, con su copla melancólica; vuelve a renovarse el rumor de fiesta, con sus sevillanas y la serenidad de la noche, y con sus arpegios cierra el cuadro.

Ronda de niños.

Allegro.- En forma de *scherzo* con dos tríos, traza el autor un cuadro risueño y humorístico, basado exclusivamente en infantiles canciones de ruedas.

La primera, en do (allegro):

Por la baranda del cielo
se pasea una madama,
toda vestida de blanco,
que Catalina se llama,
(sirve de base a la sección principal).

En el primer trío (*allegretto, quasi allegro*) aparecen dos canciones de rueda. Primero, en *la bemol*, la tan popular:..

Ambos a dos matarile-rile-rile

Y, después, en mi mayor, otra:

Quisiera ser tan alta como la luna,
para ver los soldados de Cataluña.

Terminado el primer trío, vuelve a reproducirse la sección principal, muy modificada. El segundo trío, se inicia con una nueva rueda, en *fa menor*:

Me casó mi madre,
me casó mi madre,
chiquita y bonita,
ay, ay, ay...

desarrollada con alguna extensión, y seguida de una casación de las dos canciones que formaron el primer trío.

La melodía inicial que inició el tiempo aparece de nuevo casada con la del segundo trío en fortísimo y, como final, una nueva forma de casación de las dos canciones que figuraron en el trío primero.

Danza de 'seises' en la catedral.

Lento.- Los primeros compases parecen destinados a presentar el ambiente sereno, majestuoso de la Catedral en la penumbra del anochecer: Unna reminiscencia del *Tantum ergo* contribuye a acentuar esta nota de color. *Allegretto mosso.-* A poco aparece la *Danza de 'seises'*, basada en una de las que se ejecutan en la Catedral de Sevilla, libremente armonizada por el autor. Como final vuelve a reproducirse el *lento* de la introducción.

¡A los toros!

Allegro giusto.- La escena es la plaza de toros; el momento, la salida de las cuadrillas. Tras la breve introducción, alegre y bulliciosa, se oye el pasodoble de la charanga, pasodoble que ocupa todo el número, y que se desarrolla, unas veces entre gritos y ruido y, otras, entre el silencio de los espectadores. El toque de salida en la plaza de Sevilla y salida del toro forman el breve final. Cecilio de RODA.

**** “Homenaje a Joaquín Turina”, *Diario de Barcelona*, 15 de marzo de 1949.**

(...) **Rincones sevillanos**, en cuyas páginas el piano canta por la mediación de afortunada fantasía y maravillosa riqueza armónica, el acariciador ambiente de una tarde de estío en la terraza, el alegre ritmo de un juego de niños, el misterio de la danza de los *seises* en la Catedral y la desbordante cabalgata rítmica de ¡*A los toros!* A. SUTIL.

**** *Iniciación a la música*. Madrid, Espasa Calpe, 1943. p. 393. Traducción de *L'essor de la musique espagnole*, París, 1929.**

Acordes arpegiados invitan a soñar, en la *noche de verano*, de la terraza andaluza. Óyense coplas de guitarras; luego, lejanos, rumores festivos, que vienen a parar en alegres danzas sevillanas. Y, al fin, todo se funde en la azulada noche de los nostálgicos y embrujados arpegios del comienzo.

Siguen las *rondas infantiles* y las *danzas de los seises*, en la catedral sevillana, el día del Corpus. Finalmente la pieza ¡*A los toros!*, con su ritmo endiablado, tan propio para corridas. Un jovial motivo de *pasodoble*, de gesto triunfal nos permite seguir al torero, héroe de la fiesta, confundidos con la turba delirante de entusiasmo. Acelérase la marcha y entramos en el amplio y bullanguero circo. Un son vibrante de trompeta rasga los aires. Silencio y expectación. Ábrese la puerta del toril con un fortísimo *glissando*, y el soberbio animal brinca furioso y asustado en la arena, ante las frenéticas aclamaciones de un inmenso público. Henri COLLET.

**** *L'Essor de la musique espagnole au XX siècle*, París, 1929.**

Los **Rincones sevillanos** comienzan por una nota de color: Noche de verano en la terraza. Acordes arpegiados invitan al sueño. A ellos pronto se mezclan cadencias andaluzas con punteados de guitarras en la lejanía. Una melancólica *copla* se eleva en la noche. Luego surge un rumor de fiesta que crece convirtiéndose en baile de *sevillanas* que crea ambiente. Todo ello se funde en la noche azul con los arpegios del comienzo.

Le sigue la *Ronda de niños* cuyo motivo de ritmo binario, inocente y gracioso, se contrapone con una alegría, una expresión de felicidad, que hacen pensar en '*Los niños juegan en el jardín*', en las *Las horas dolientes* de Gabriel Dupont. En el centro de la pieza se escucha un motivo hispano-francés del que ya hemos hablado a propósito de la *Sinfonía*, en la de Olmeda: el *amboato*, es decir, de: en mi bello castillo... Los dos motivos se superponen a modo de cierre y todo el alegre deslumbrante parloteo de los niños se elevan en movimientos impetuosos, dislocados y graciosos, como si de cohetes trepadores se tratara, en imprevistos y divertidos ritmos.

Después viene la *Danza de 'seises' en la Catedral*. Se sabe la atracción de esta curiosa secular costumbre en Georges Hüe al incluirla en su drama lírico *A la sombra de la Catedral*. Los *seises* son niños del coro que bailan ante el altar como antiguamente David ante el arca de Noé... Está dedicado a la memoria del maestro de Turina: don Evaristo García Torres. La *Danza de 'seises'* tiene una gravedad emotiva inalterable en todo el episodio *allegretto mosso*.

La última pieza ¡*A los toros!*, en un ritmo endiablado y ligeramente vulgar, capta maravillosamente la atmósfera de la corrida. Nos lleva hacia la plaza, en una cegadora claridad

y entre abigarrada cabalgaduras. Un alegre tema de *pasodoble* con aire conquistador nos permite entrever alguna silueta de los héroes de la fiesta seguidos de una multitud delirante. La marcha hacia la plaza se acelera. Entramos en el ancho circo, con dificultad ascendemos a las gradas, allí se amontonan los murmullos de las conversaciones, las llamadas, los gritos. Luego un toque vibrante de trompeta rasga el aire. El silencio se hace de inmediato, solemne, sobrecogedor. Y la puerta del toril se abre, con un fortísimo *glissando*, la imponente bestia, surge furiosa y saltarina, siendo saludada con frenéticas aclamaciones del público. Henri COLLET.

**** “Baile de ‘seises’ en la catedral, de ‘Rincones sevillanos’”, de Joaquín Turina». ABC (Sevilla), nº 14.755, 2 de diciembre de 1950, p. 6.**

El maestro de capilla de nuestras catedrales ha sido, hasta época nada lejana, personaje que gozaba de sólido prestigio musical, considerado por la profesión como su primera autoridad.

Su labor artística personal, dedicada a la composición de música religiosa se extendió en ocasiones hasta el campo de la ópera, sinfonía y del folclore.

Actividad eminente bienhechora del maestro de capilla fue la del apostolado; de su misión pedagógica ejercitada a través de generaciones de discípulos que a él acudían en demanda de enseñanza y orientación artística.

Ilustres artista debieron su formación a modestos maestros de capilla, músicos excelentes; si aferrados un tanto a rígidos escolasticismos, plenamente capacitados para guiar al alumno por los vericuetos de la *Armonía* y humbrosidades del *Contrapunto* y de la *Fuga*.

Sin duda alguna, su rigorismo [rigurosidad] y hermético criterio artístico impidieron a la juventud discente, en más de una ocasión, respirar a pleno pulmón las auras del optimismo *schumaniano*: «No os asustéis ante los nombres de *Armonía*, *Contrapunto* y *Fuga*. Ellos se sonreirán si vosotros hacéis lo mismo”.

Sirvan estas líneas de respetuoso recuerdo para uno de estos maestros, cuya larga permanencia en el magisterio de capilla de la Catedral sevillana le granjeó general admiración. Su estela llega imborrable hasta nuestros días. Nos referimos a don Evaristo García Torres, de feliz memoria en los fastos de nuestro templo metropolitano. Compositor insigne, simultaneó esta actividad con la del profesorado, altamente apreciada por los numerosos discípulos formados bajo su dirección. Uno de estos conquistó renombre universal escalando las cimas de la celebridad: Joaquín Turina. El ilustre artista conservó gratísimos recuerdos de esta enseñanza. Repetidas veces escuchamos encendidas frases de afecto y agradecimiento para el bondadoso maestro.

Años más tarde el joven compositor, en plena efervescencia creadora y ascensión artística, tributa a su antiguo profesor cariñoso y evocador homenaje con la dedicatoria del *Baile de seises en la catedral* —admirable expresión de los pinceles de Gonzalo Bilbao—, de su obra **Rincones sevillanos**, composición a la que le sirve de tema el delicioso estribillo del baile *Gala hermosa*, que figura en el programa de la Inmaculada y su octava, de nuestra Catedral. El antiguo discípulo ofrenda al venerado maestro retazos de su mismo arte, alquimiados a través de procedimientos al uso del día. Gratitud, bello ornamento de almas nobles.

Convertido Joaquín Turina por las disuasiones regeneradoras de Isaac Albéniz a la verdad del arte nacional, inicia su neofitado con la composición de la espléndida *suite Sevilla*. El misterio de *la noche del Jueves Santo* sevillano adquiere en ella cristalización de

emocionante realismo. En **Rincones sevillanos** el compositor estiliza escenas de encantadora autenticidad, subrayadas con refinadas pinceladas.

Curioso deambulante por las callejuelas y plazuelas de la ciudad y visitador continuo de los Cristos y Vírgenes de su devoción, Turina sorprende en la Catedral el evocador acto de los *bailes de los seises*, tantas veces presenciado en su niñez. Su lápiz, que momentos antes ha trasladado al pentagrama los temas de una bulliciosa ronda infantil, diseña rápido los de la original y devota ceremonia de la Catedral, que han de intervenir en su lindo poema.

Interesa analizar y comparar ambas composiciones; el estilo melódico y procedimientos del maestro con los del discípulo, imbuido en estéticas modernidades en que el matiz colorista *franck-debussyista* reclama sus derechos aun en el severo ambiente vespertino del templo.

La Catedral, envuelta en la penumbra; la tarde declina. Con mortecinos rayos, que cantara Felipe Cortines Murube.

Como Albéniz en *Córdoba*, Turina encomienda al órgano la misión prologadora. El litúrgico instrumento, con gravedad majestuosa, prepara la entonación de las estrofas eucarísticas de *Pange lingua*, perfumadas espirales sonoras que se elevan en acordes capaces de desmoralizar la fragilidad canora de la grey *sochantresca*.

Iniciado el *Allegretto*, en que el viejo maestro emplea tiempo de bolero, realizando los *seises* durante él caprichosos trenzados que se cruzan y dialogan ingeniosamente. Turina introduce obstinada figura rítmica sobre la que gira el tema de los niños, perfilado por interesantes dibujos que permiten a aquél un primordial relieve.

La composición sigue sus animados diálogos y comentarios para finalizar en vaporosas sonoridades, que se alejan para ceder paso a la introducción primitiva del órgano culminada esta vez en argentino tintineo de campanas, las más diminutas de la Giralda que, saltando de gozo como la hija de Sión y *cantando loores en placentera calma* en honor de la Madre de Dios, participan jubilosas en el devoto acto que al insigne músico y discípulo agradecido inspiró delicioso poema musical. Norberto ALMANDOZ

**** “Rincones sevillanos”. Fichero Musical Daimon (Barcelona).**

Quizá sea ésta la obra preferida de la juventud de Turina: desde París, pero con Sevilla a cuestas, se recuerdan los rincones más gratos. Se recuerdan de una manera especial porque Turina no quiere hacer simplemente música, *música descriptiva*: se trata, muy al contrario, de una obra personalísima y lírica.

Turina, fiel al espíritu romántico, conserva para el piano el grato carácter del *diario*, de la *hoja de álbum*. Por otra parte, como Turina es amigo de valores de orden, de construcción, cada *rincón* resulta un modelo de obra bien hecha.

Sigamos, paso a paso, este viaje por la Sevilla íntima.

Noche de verano en la azotea. Aunque Turina fue discípulo entusiasta de la Schola Cantorum, no por eso dejó de asimilarse lo que de asumible podía ofrecer Debussy, en la técnica impresionista. Buena prueba de ello es este primer cuadro de los Rincones sevillanos, donde Turina nos da una vaporosa *atmósfera* de una noche andaluza. Una bellísima sucesión de acordes arpegiados evocan la serenidad de la noche, presidida por la luna y cargada de perfumes. Sobre la calma va naciendo, poco a poco, una melancólica copla, que resume lejanos ayes, lejanos rasgueos de guitarra. Luego, con mayor animación, se hace oír un rumor de fiesta, que

parece venir del patio, resuelto al fin en una copla de *sevillanas*. La disposición del trozo es en tríptico, de manera que en su tercera parte volvemos a refugiarnos en la calma y en la serenidad.

Ronda de niños. Turina lleva hasta los trozos más pequeños el espíritu de la gran forma aprendida en la Schola Cantorum: él busca un *andalucismo universalizado*, un lenguaje familiar a Europa que recoja con naturalidad los acentos pintorescos. Turina es mucho más *sinfonista* que Albéniz. Así, para esta *Ronda de niños* busca la forma de *scherzo*, con dos tríos, iniciada ya por Beethoven. A base de conocidísimas canciones populares de niños, como la de *Me casó mi madre, chiquita y bonita*, Turina nos da un animadísimo juego de contrastes llevado con el más exquisito orden.

Danza de 'seises' en la Catedral. Los primeros compases parecen destinados a presentar el ambiente sereno, majestuoso, de la Catedral en la penumbra del anochecer. Una reminiscencia del *Tantum Ergo* contribuye a acentuar esta nota de color. Turina recuerda desde París sus músicas de joven sevillano, motetes y misas para las cofradías, que se disputaban el pentagrama del *niño prodigio*.

A poco aparece la danza de los *seises*, basada en una de las que se ejecutan en la Catedral de Sevilla, pues estos rapaces *murillescos* tienen su angélica liturgia de danza. Después de ella, Turina nos vuelve a introducir en el ambiente religioso del principio.

¡*A los toros!* Turina, sin dejarse arrastrar por el tópico taurino, ha cantado la fiesta española desde diversos matices, pero siempre desde Sevilla. Una de sus obras maestras, **La oración del torero**, pinta el lado más melancólico de la fiesta. En cambio, este mismo final de los **Rincones sevillanos** indica ya, por el mismo título, que lo buscado es el barullo, la incontenible alegría de una tarde de toros llena de sol sobre colores vivísimos. La escena, concretamente, es la plaza de toros; el momento, la salida de las cuadrillas. Tras la breve introducción, alegre y bulliciosa, se oye el pasodoble de la charanga, pasodoble que ocupa todo el fragmento y que se desarrolla unas veces entre gritos y ruido y otras entre el silencio de los espectadores. Así como **La oración del torero** consiste en un pasodoble *idealizado*, llevado a las últimas consecuencias de intimidad y dulzura, el pasodoble de estos **Rincones** es tratado con una técnica pintoresca, de mucho color, en el estilo de los mejores y más llamativos carteles taurinos. Termina, pues, la obra con el toque propio de la plaza de toros de Sevilla. Este toque, oído en París, era como un rayo de sol sobre el piano. Ángel SAGARDÍA.